



Desde la iglesia de Urdaneta, vemos así uno de los caseríos del barrio zarauztarra.

## EN TORNO A GUIPUZCOA Y LO QUE DE ELLA CONOCEMOS LOS GUIPUZCOANOS

Por Esteban LOS SANTOS

En el breve artículo que el pasado año escribí como colaboración para esta misma publicación, intentaba yo, tocando un tema un tanto aguafiestas—teniendo en cuenta las fechas en que OARSO ve la luz—, llamar la atención del presunto lector sobre el superficial e incompleto conocimiento que del pasado y del presente de Villanueva de Oyarzun tienen no pocos renterianos, incluso algunos que se jactan de serlo «de pura cepa».

Me dispongo este año a hilvanar mi colaboración con la intención de tratar de un tema emparentado con aquél: el deficiente conocimiento de Guipúzcoa de que adolecen bastantes guipuzcoanos. Lo cual no es obstáculo para que hablen una y mil veces de la provincia como si la conocieran.

Quizás a más de uno puede extrañarle que precisamente ahora, cuando las distancias parecen acortarse gracias a la facilidad que en mayor o menor grado todos tenemos para trasladarnos de un punto a otro, cuando los municipios buscan la solución de algunos problemas en comunidad con los más próximos, cuando cacareamos una y mil veces que Guipúzcoa es como una gran ciudad, alguien levante la voz para afirmar que Guipúzcoa es prácticamente desconocida por un elevado número de guipuzcoanos.

Antes de seguir adelante quiero aclarar que consideraría absurdo el pretender que todos los habitantes de la «Fidelísima Vardulia» conocieran al detalle su historia, supieran

recitar de memoria el nomenclátor de los municipios que la componen, recordaran de memoria el número de habitantes que el último censo de población atribuye a cada uno de ellos o recorrieran literalmente paso a paso cada uno de los caminos y vericuetos que surcan su epidermis. Eso no. Pero tampoco me resisto a recordar aquí algo que creo escribió el malogrado crítico Antonio Viglione cuando en «La Voz» comentaba la aparición de la obra «Somos guipuzcoanos», de Félix Elejalde: que se trataba de un libro destinado a los niños que convenía fuera leído por muchos guipuzcoanos maduros.

Participo, desde luego, del optimismo que se desprendía del artículo titulado «De los nuevos várdulos de nuestra *numquam superata*», escrito por Boni Otegui y aparecido en el número del año pasado de esta misma publicación (Y no es coba, señor director). Sería cerrar los ojos a la realidad y dejarme arrastrar por el pesimismo el no reconocer la gran labor que algunos escritores, músicos, estudiosos de la historia y otras individualidades dotadas de culta sensibilidad están llevando a cabo en favor de Guipúzcoa. Un mismo sentir, el amor a ella, corre por sus venas. Creo que nadie insinuó a Iñaki Linazasoro y Miguel Pelay que trataran del mismo tema en OARSO del año pasado, y sin embargo, los artículos de ambos escritores nos ponían de manifiesto cómo la sensibilidad de estos hombres vibra al unísono al lamentar

el empobrecimiento forestal que en el transcurso de los últimos tiempos ha sufrido la provincia.

Estos hombres se hallan en el polo opuesto de otros guipuzcoanos—grupo superior en número—, pertenecientes al sector «oficialmente culto», cuyo conocimiento de Guipúzcoa, en cualquiera de sus aspectos, está aquejado de raquitismo. Hombres—y mujeres, naturalmente—la mayoría de ellos eslabonados sólidamente en el entramado económico, que aunque en un anaquel de la librería de su casa descansa decorativamente la «Guipúzcoa olvidada», de Peña Santiago, aunque hayan nacido en Guipúzcoa o residan en ella desde hace muchos años, conocen mejor la provincia de Alicante —es un decir—que la suya. Y—repito algo que ya he indicado más arriba—ello no es inconveniente para que hablen una y mil veces de Guipúzcoa con una gran dosis de aplomo. Como una buena parte de las personas pertenecientes a este grupo son las encargadas de tomar decisiones en el sector económico, su anquilosada sensibilidad hermanada con el objetivo de maximizar los beneficios, son causa de no pocos desmanes que se han cometido y cometen sobre la piel guipuzcoana.

El desconocimiento de Guipúzcoa, el desinterés hacia sus cosas, son entre los guipuzcoanos mayores de lo que a primera vista puede parecer. Es éste un tema que me preocupa desde hace bastante tiempo, pero tuve que perfilar conceptos cuando hace dos años y medio, poco más o menos, escribí un artículo que se publicó en un diario donostiarra—y que tuvo la fortuna de ser recogido más tarde en el libro-homenaje a Arteche «Canto a Joxé»—en el que escribía sobre la gran extrañeza que me había producido un reportaje, que había sido publicado en el mismo periódico, en el que la persona que lo firmaba, periodista y de naturaleza guipuzcoana, se hacía cruces al comprobar que la mayoría de los niños de Alquiza no habían visto nunca el mar, dándose la circunstancia de que quien había realizado aquel trabajo, periodista y de naturaleza guipuzcoana, repito, manifestaba claramente que nunca había pisado la bella localidad de Alquiza.

Este desinterés por saber cómo es Guipúzcoa se da, en mayor o menor grado, en todas las capas sociales. Sería

injusto, sin embargo, el no dedicar siquiera un fugaz recuerdo a los montañeros, a los verdaderos montañeros.

Decía yo en el artículo que comentaba más arriba:

«¿Qué conocimiento—siquiera geográfico—tenemos de Guipúzcoa quienes en ella desarrollamos nuestro vivir?

»Creo que muchos guipuzcoanos de Irún, de Eibar, de San Sebastián o de Rentería, pongo por ejemplos, no conocen, además de su lugar de nacimiento—o de residencia, añado ahora—otra Guipúzcoa que la de las poblaciones costeras—por aquello de la playa—y si me apuran un poco, Aránzazu, Régil... y pare usted de contar».

Salta a la vista, ciertamente, que cada vez es mayor el ansia del guipuzcoano que habita en las zonas industrializadas por escapar los días festivos de los lugares que frecuenta diariamente para respirar aire puro. Y es lógico que así sea. Pero en no pocas ocasiones lo hace groseramente, considerando las zonas rurales a las que llega como pertenencias suyas en las que dar rienda suelta a toda la «mala sangre» que ha almacenado durante la semana. Precisamente, en estas mismas páginas recoge el P. Zavala el lamento de un hombre de caserío por la forma en que mucha gente se comporta al llegar a él.

Estas salidas domingueras son, lógicamente, más frecuentes durante el verano. En esta época, cualquier rincón cercano a un riachuelo es bueno para montar la mesa plegable y poner en marcha el transistor. Cualquier tasca, merendero o restaurante es bueno para comer o merendar.

Durante el invierno, las salidas domingueras se reducen casi exclusivamente a las de aquellos que siguen lo que podríamos llamar «las rutas del estómago». Alubias, chuletas... El asunto consiste en enterarse de un lugar para comer bien, aparcar el coche frente al restaurante, comer, encender el puro y volver a casa quizá sin saber repetir el nombre del pueblo que se ha «conocido».

Podríamos hablar de otros aspectos del tema además de este que podemos llamar, para entendernos, el «geográfico»... Pero en mi opinión el saber detenerse a admirar los más bellos rincones de la provincia o el interesarse por conocer los que no lo son tanto, es el primer paso para ahondar de verdad en el completo conocimiento de Guipúzcoa.



Aquiñeta: Uno de los montaraces barrios de nuestra «Guipúzcoa olvidada».